

TIRABEQUE.

PERIÓDICO SEMANAL.

SATÍRICO-POLÍTICO-BURLESCO, Y ALGO MAS.

PRECIO EN MADRID.

Tres meses..... 4 rs.
Seis..... 7
Un año..... 14

PRECIO EN PROVINCIAS.

Tres meses..... 5 rs.
Seis..... 9
Un año..... 18
Se suscribe en la Administración,
calle del Soldado, 4, bajo.

Número suelto, 2 cuartos.

LA VIDA ES SUEÑO.

—¡Eh! Tirabeque... vamos... arriba, perezoso, que ya has roncado bastante.

—¡Ay! ¡qué cosas se ven este pícaro mundo!

—Pero, hombre, ¿qué diablós has visto?

—Perdóneme su mercé, mi amo...

—¿Qué es eso?

—Silencio, que ya la tengo cogido con las uñas.

—¿A quién?

—Nada... que me he topado un Figuerola del sexo femenino en la nalga izquierda... Voy á vestirme, si su mercé me dá su licencia, pues que tenemos que echar un parrafillo...

—Hombre, sí, no me has dicho nada de lo que te ha sucedido la semana pasada.

—Todo se andará, mi amo, todo se andará, que con paciencia y cachaza... Pues, señor, ó yo estoy medio lelo, ó apuesto cualquier cosa á que este calcetín tiene mas comas que un decreto ministerial.

—Déjate de tonterías, y vamos al asunto.

—Pues ha de saber su mercé, mi amo, que como yo tengo este genial tan á la buena de Dios, y me gusta tener amigos hasta en la policía secreta, antes de salir de mi lugar, un paisano mio, que por desgracia es maestro de escuela, y está el pobrete mas escuálido que un espárrago, pues hace mas de año y medio que no recibe un cuarto del Municipio, me dió varias cartas de recomendacion para que visitara á cierto personaje que desempeña un alto puesto en Fomento.

—¿Y alcanzaste alguna cosa?

—Mi amo, ¡qué habia de lograr! Figúrese su mercé que despues de haberme soltado un mordisco el portero del Ministerio, estuve mas de tres ó cuatro horas subiendo y bajando escaleras, hasta que por fin una señora muy guapa que salia del despacho del ministro, con media docena de credenciales en la mano, me dió las señas de la seccion á que pertenecia dicho personaje.

—¿Y le vistes...?

—Entré en la oficina, haciendo cortesias y dando á mi semblante toda la bondad posible en tales circunstancias; pero no encontré á nadie, y eso que eran las doce y pico.

—Andaria tu reló algo adelantado, pues todos los empleados tienen que firmar el libro á las diez, que es la hora marcada para abrirse las oficinas.

—Será todo lo que su mercé quiera, mi amo; pero ya me iba á marchar, cansado de esperar tanto tiempo, cuando entró un barbilampiño, mas flaco que un espadín y mas cursi que un galan sin ajuste, el cual, sin saludarme apenas, se sentó en una poltrona, sacó un periódico del bolsillo, y calándose los anteojos se puso á leer á media voz, sin cuidarse de mí, como si yo fuera invisible, ó de carton pintado.

—Tirabeque, se me figura que exajeras.

—No hago mas que contarle á su mercé la pura verdad. Pues como iba diciendo, un sudor se me iba y otro se me venia, y no hacia mas que toser y estornudar, para ver si aquel caballero me preguntaba qué queria, ó por lo menos qué estaba yo haciendo allí, sombrero en mano, y con la cara mas compungida que un presbitero en Cuaresma, pero ¡que si quieres...! nada, allí me hubiera estado un siglo, á no haberseme caído el paraguas de la mano, á cuyo ruido el susodicho mozalvete, sin apartar la vista del periódico, me dijo con acento incómodo y algun tanto insolente: ¿qué se ofrece, buen hombre?

—Usia me perdone, le contesté, pero venia, porque me habian dicho que aqui estaba empleado el sugeto para quien traigo esta esquelita; y al mismo tiempo le alargué la recomendación.

—Tomó la carta entonces aquel caballero, y despues de haber sacado un hermoso habano, le encendió con mucha calma, leyó el sobre, y sin mirarme siquiera me contestó: «Dése V. una vuelta por ahí la semana que viene.»

—¿Y no te dijo mas?

—Ni palabra. Sali dándome á todos los diablos, y jurando no volver mas á visitar ninguna oficina donde se atiende con tanto celo á los negocios públicos; y segun despues he sabido, el caballero á quien yo iba buscando acostumbra á levantarse todos los dias, aunque no se vea, á las dos de la tarde, y no parece por la oficina mas que á cobrar la nómina.

—¡Hombre! al diablo se le ocurre; ¿por qué no te dirigiste al ministro en persona?

—¡Toma! ya lo hice; pero me dijo un portero que ya hacia tiempo que no podia asistir á su despacho, pues estaba enfermo de puro progresista.

—No te entiendo, Tirabeque.

—Sí, señor, mi amo; toíticos los progresistas padecen del estómago. ¿No ve su mercé que tienen unos principios muy sólidos?

—Y qué me cuentas de Prim? Vamos á ver, Tirabeque.

—Que anoche le compré, sin veneno y sin ruido, por veinticinco céntimos, á la salida del café de la *Iberia*, y me hubiera traído á todo el Ministerio en la faltriquera si hubiera llevado suelto.

—Hombre, D. Juan Prim y Prats vale un Perú.

—Cállese su mercé, mi amo, no me hable de ese caballero, pues todavía me acuerdo de aquellos trancazos que le sacudió á mi pobre señor *Fray Gerundio* (que esté en gloria), porque le dijo...

—¿Qué le dijo?

—En este momento no me acuerdo; pero se me ocurre una coplilla, que le dará á su mercé una idea algo grasienta.

En esta sartén que *pringo*,
y qué tengo por el mango,
pringará ningún *pringoso*,
mientras *Prim* siga *pringando*.

—¡Tirabeque! Mucho ojo, que D. Juan Prim tiene muy malas pulgas.

—Peores las tengo yo, que no me dejan dormir por la noche.

—Y no me dices nada de D. Nicolás María Rivero... el hombre de la situación, el eminente repúblico, el padre de la democracia, etc.

—Le diré á su mercé, mi amo. Le conocí años atrás, cuando escribía en *La Discusion*, y enjaretaba aquellos articulazos tan furibundamente anti-monárquicos, tronando siempre contra el presupuesto, y diciendo que se debían suprimir los coches de todos los Ministerios, pues era un gasto superfluo para la nación. ¡Oh! siempre ha sido un hombre de *chispa*.

—Y todavía lo es.

—Naturalmente, mi amo, con el tiempo maduran las uvas...

—Y adónde me dejas al inclito decapitador?

—¿Quién es ese señor, mi amo?

—No le conoces? El ministro de Hacienda?

—¡Ah! ya caigo; es, ni mas ni menos, el encargado de dejar á todos los españoles como el gallo de Moron. A ese no le conozco personalmente, ni me importa un comino tampoco. Podrá ser todo lo sabio que se quiera; pero á mi se me figura que con tanto estudiar las cuestiones económicas; ya no sabe siquiera lo que se pesca. Francamente, miramo, no comprendo cómo todos los hombres públicos se tiran de las grañas por pescar la cartera de un Ministerio, como si este oficio fuera la cosa mas sencilla del mundo; y luego, todo se desvuelve dar una en el clavo y ciento en la herradura. Aquí en España siempre se ha creído que para desempeñar cualquier cargo público no se necesita mas que saber escribir un garabato por firma, y aqui paz y despues gloria; pues, no señor, los que tal se imaginan, tienen menos sesos que un mosquito, si se comprendiera bien los inconvenientes y sudores que cuesta ser un ministro como Dios manda, veria su mercé como Prim, Serrano y demas compañeros mártires daban un golpe de Estado por abandonar el Ministerio y tenia uno que tentarse las narices entonces mucho para meterse á gobernante.

Hablas como un oráculo. Tirabegue. Ahora que ya estás vestido, vamos á desayunarnos, que luego Dios dirá.

—Habla su mercé bien, mi amo, que al fin y al cabo los duelos con pan son menos.

EL DIABLO PREDICADOR.

—¿Se puede pasar?—

—¡Adelante quien sea, vota al Cristo!—

—*Deo gratias*, hermano... Perdoneme su merced si vengo á interrumpirle.

—No hay de qué, pero acabe pronto su Paternidad, pues tengo que estudiar este plano, y estoy mas quemado que un pisto manchego.

—¿Su Alteza no me conoce?

—Ni me hace falta.

—Pues soy su mas humilde y respetuoso servidor.

—Pero ¿quién sois, hermano lego?

—Tirabeque en cuerpo y alma, serenísimo Emperador.

—Os voy á mandar fusilar si no acabais pronto.

—Ea! no hay que sulfurarse ni echarlo todo á rodar, que como S. A. no está muy bien de salud, puede experimentar una recaída, que en las circunstancias presentes no puede menos de seros muy funesta. Debe S. A. purgarse á menudo, y tomar calaguala á todo pasto; y sobre todo estar un par de dias en camita, sudando, y con un poco de dieta, unos pediluvios, cuatro docenas de sanguijuelas en la boca del estómago, un parche en un ojo y sacarse la muela del juicio: ya verá S. A. como el negocio se arregla, y se queda su cuerpecito mas limpio que una patena.

—Dime, ¿qué te parece que hagamos, si los prusianos nos atacan por el ala izquierda?

—Señor, yo no entiendo de esas cosas: pero si alguno me atacara á mí por la derecha ó por la izquierda, opino que lo mas filosófico seria tomar las de Villadiego por el lado que me quedase libre.

—Mira, ves está raya de lápiz rojo, pues estas son las divisiones enemigas.

—Hombre..., y S. A. me dispensará el modo de señalar. Ahora que estamos los dos aquí solitos, en paz y en gracia de Dios, vamos á echar un parrafillo mientras su mercé se acaba de fumar esa colilla, y yo tomo un polvito. Francamente, señor Napoleon, ó su mercé no las tiene todas consigo, ó se habia pensado por lo menos que habia de ser el único que habia de cobrar el barato en toda Europa. Ya se ve, como toticos los de su oficio tienen mas orgullo que D. Rodrigo en la horca, y se piensan que con alzar el gallo nos hemos de quedar tamañitos los demas...

—¡Tirabeques...!

—Y es la verdad, señor mío. Su mercé ha ido á buscar mendrugos á cama de galgos, y como le ha salido el tiro por la culata, ahora no sabe hacer mas que retorcerse los bigotes, y decir á boca llena que le han engañado, como si fuera posible que le dieran á su mercé un chasco semejante...

Diga su mercé de una vez que no sirve para el caso, y tan amigos como antes; por eso no hemos de regañar... Sin ir mas lejos, yo, que conozco lo que puedo dar de sí, jamás me atreveria á mandar cuatro soldados y un cabo, porque está visto, unos servimos para una cosa, y otros para otra: vamos, no hay que darle vueltas, su mercé será todo lo diplomático que se quiera; pero como general no me sirve su mercé... Clarito, yo soy así: al pan pan, y al vino vino, como Cristo nos enseña.

—¡Es que yo no contaba con la huésped!

—En fin, paciencia, y barajar, que todavía no se ha perdido todo. Aun puede su mercé tirar una media docena de años, y con buen trato y ánimo tranquilo, acabar en paz y en gracia de Dios lo que le resta de vida, enseñando á leer á su chico, y

—llevando por las tardes á su parienta á la fuente de la Salud, que ya sabe su mercé tenemos nosotros en Madrid en unos jardines muy aménos, que se llaman el *Buen Retiro*, casi á la derecha de donde su famoso tío fusiló por la espalda el año 1808 á unos cuantos centenares de infelices que no estaban muy conformes con que su compadre Pepe Botellas fuera el que llevase el grito al agua.

—*Tirabeque... Tirabeque...*

—Tenga su mercé paciencia, que de menos nos hizo Dios. ¿Qué diablos! otras torres mas altas han venido al suelo. Siempre debemos estar á las duras y á las maduras. ¿De qué sirve ya ese teje maneje, ni dale que le das? Ya ve su mercé, yo tambien he perdido mucho, y mas que su mercé todavía; pues del mal el menos, á su chico y su parienta les queda el riñon bien cubierto, y á mí, que no me han bautizado con música, ni me han dado vivas ni mueras, desde que el des-gobierno de mi país me quitó la paga ando como Dios quiere, y á la cuarta pregunta, como vulgarmente se dice.

—Bien, bien; ¿y es eso todo lo que me tenias que decir?

—Y le parece á su mercé poco, mi amo. Es preciso estar dejado de la mano de Dios para no saber lo que á cada uno le conviene. A su mercé ya le ha salido mal la cuenta, y una equivocacion en sus mercedes tiene mas campanillas que en un simple particular como yo. Nada, Sr. Napoleon, véngase su mercé conmigo, ahora que es la ocasion mas oportuna, pues sus soldados, unos se están emborrachando, y otros tentándose allí donde les escuece mas el individuo... conque lo dicho, ea, ya tengo aparejada una borrica para su mercé y otra para mí, y sin decir una palabra nos largamos con viento fresco, antes que á los prusianos se les antoje romperle á su mercé el bautismo, que sería un fin de fiesta muy lastimoso...

—Huir... nunca, Tirabeque!

—Pues con su pan se lo coma, y allá se las haya, que ya veo que es su mercé mas testarudo que un nuecero; yo ya he cumplido: de desagradecidos está el mundo lleno; al freir será el reir, como dijo el otro. Quede su mercé con Dios, seño Napoleon, y acuérdesese siempre de los consejos que le dió su amigo Tirabeque.

CONGRESO EUROPEO.

RUSIA. Señores: esta Asamblea, que hoy se encuentra aquí reunida, va á resolver en seguida la gran cuestion europea. Recomiendo mucha calma en todo el concurso... pues tiempo nos queda despues para rompernos el alma. Señores, soy la nacion mas poderosa y valiente; yo me nombro el Presidente. Queda abierta la sesion.

FRANCIA. Pido la palabra.

RUSIA. ¿Quién?

FRANCIA. Francia.

RUSIA. Puede nsia empezar cuando guste.

FRANCIA. Voy á hablar cuatro palabras.

PRUSIA. Tambien asyo la pido.

RUSIA. No le toca hasta luego.

PRUSIA. ¿Me conoces?

RUSIA. Doña Prusia, menos voces, y cálese usted la boca.

PRUSIA. ¿Pero le han dado á usted algunas atribuciones?

RUSIA. Sí.

PRUSIA. ¿Cuándo?

UNA VOZ. ¡Bien por la Prusia.

RUSIA. ¡Que mando desocupar las tribunas!

¡Silencio: aquí nadie chilla!

¡Al orden!

PRUSIA. Solo me inspiro en mí propia.

RUSIA. ¡A que le tiro á alguno la campanilla!

PRUSIA. No sea usted animal, señora Rusia.

RUSIA. Sois clara.

EL PAPA. Pido la palabra para una alusion personal.

ESPAÑA. Yo también la pido.

FRANCIA. Diez, pedida ya la tenemos!

RUSIA. ¡Señoras, que no podemos hablar todas á la vez! Que hable la Francia primero.

EL PAPA. ¡Estoy mas muerto que vivo!

FRANCIA. Voy á esplicar el motivo de mi espíritu guerrero: «Yo á los austriacos vencí, y á los rusos conquisté, y en todo el mundo dejé memoria eterna de mí.» Prusia agenció un candidato, con tal misterio y tal maña, que nos puso á mí y á España como tres en un zapato. Por culpa de mi torpeza la guerra nos declaramos, y en toda Europa dejamos ni un títere con cabeza. No obstante, soy incapaz de continuar esa lucha;

conque... si Prusia me escucha,
estoy dispuesta á la paz.
PRUSIA. Señores: asunto es sério,
y á fe de Prusia les juro
que no doy ni medio duro

por la Francia ni el Imperio;
sean mis, pues, amigas,

FRANCIA. ¡Si, mis amigas!

PRUSIA. Pues venga un abrazo.

FRANCIA. ¡Venga!

PRUSIA. Que una rosca que yo tenga,
será toda para mí.

EL PAPA. ¡Compadece mi abandono!

FRANCIA. Eso le toca á Guillermo.

FRANCIA. Ya huele á puchero enfermo

Su Santidad: ¡Pío Nono!

ESPAÑA. ¿Y yo?

FRANCIA. Usted es mi protegida:

yo la daré un candidato,

bueno, bonito y barato,

que la tengo hecho á medida.

ESPAÑA. Nadie á mí me dicte leyes;

aun es pura mi bandera;

que España, siempre que quiera,

puede ser rey de sus reyes.

PRUSIA. ¡Insolente!

FRANCIA. ¡Cursi!

RUSIA. ¡Al orden!

ESPAÑA. ¡Me declaro independiente!

EL PAPA. ¡Válgame Dios, ¡ay! qué gentel!

PRUSIA. En vista de tal desórden,

se da un corte á la cuestion.

FRANCIA. Pido la palabra.

PRUSIA. ¡Bien!

AUSTRIA. ¡Que hable Prusia!

SUIZA. ¡Y yo también!

PRUSIA. Se suspende la sesion;

mañana no será pública.

ESPAÑA. Entrará todo el que quiera.

FRANCIA. Sepamos: ¿de qué manera?

ESPAÑA. ¡Dando un viva á la República!

Anteanoche lei en *La Correspondencia de España* que el niño *Terso* no se sabía dónde estaba.

Francamente, yo estoy en aguas, y la cosa no es para menos.

¡Cuidado que tiene miga eso de estraviarse Carlos VII...! precisamente cuando á su chiquitín ya le apuntaba un cuerno, digo, un colmillo.

De esta vez no pasa. Los carlistas se echan al campo, y apaga y vámonos, que se va á poner la cebada por las nubes.

Lo siento por doña Margarita, que debe pasar cada susto que cante el credo.

Y todo ¿por qué? porque la toquen la marcha real y la besen la mano el día de sus cumpleaños...

¿Cuánto mejor no sería que el papá y la mamá se quitaran de tonterías, y dieran un corte de manga á tanto y tanto moscon como á su sombra come á dos carrillos?

Bien se conoce que Cabrera, que á pesar de todo es formalote, ha comprendido que esto no era mas que juego de chiquillos.

Conque, señores carlistas, la cuenta y la puerta, que ya se ha pasado la moda de gastar boina y puñales atados con bramante á un Santo Cristo.

EL TIRABEQUE da las gracias á sus demas colegas en la prensa cuya amabilidad ha llegado hasta el extremo de visitar su modesta celda, y repite la espresion sincera de su afectuoso cariño y consideración:

A S. A. el Regente del reino se le ha estraviado en una de sus frecuentes idas y venidas de la Granja á Madrid, el calcetín del pie izquierdo:

La circunstancia, de estar hechos estos calcetines por manos de un presidiario por causas politicas, en Cartagena, sargento segundo del regimiento de húsares de Calatrava, le hacen una prenda muy estimable.

Al que por fortuna se le hubiere encontrado se le dará

un buen destino en el ministerio de Ultramar, que es la *Caja de Pandora*, donde caben todos los compromisos y recomendaciones de escaleras abajo.

En la Imprenta Nacional no pasa día sin que se descubra una nueva trapisonda del Gobierno de González Brabo.

Naturalmente, en esta tierra de garbanzos ya se ha tomado el dirigir las riendas del Gobierno como cuestión de pescar lo que se pueda.

Todavía me acuerdo que hace media docena de años apenas si se encontraba un palacio en el paseo de Recoletos, y hoy día da envidia ver cuántos se han construido, y lo peor del caso es cuántos se construirán, si no tira el diablo de la manta y se descubre el pastel.

—Dígame su mercé: ¿qué es Monarquía?

—Si te he de decir la verdad, no lo sé, á pesar de tantos siglos de ella.

—¿Y qué es Republica?

—Ya lo voy sabiendo poquito á poco.

—Adelante, que no se ganó Zamora en una hora, y con paciencia se gana el cielo, como dijo el otro.

—Dígame su mercé, mi amo: ¿qué se ha sacado en limpio por fin de la causa del general Pierrad? ¿Le comprende el indulto, ó no?

—Hombre, el decreto es tan amplio, que no puede menos de tocarle...

—No crea su mercé que lo digo porque me inspiren buena simpatía republicanos de ese calibre. Pues, como decía mi abuelo, el diablo harto de carne se metió á fraile; y aún vive un sobrinito mío que le vió el año de 1854, cuando ese ciudadano, que entonces no tenía barba blanca, mandó hacer fuego contra el pueblo y las Cortes.

—No sería el mismo.

—Yo tengo mucha memoria, mi amo. Diga su mercé que

ese caballero lo que que quería era calzarse el ministerio de la Guerra, y como Prim le salió al encuentro, dijo:

«Otro talla; vámonos á otro lado con la música, que aquí ya nos han conocido.»

—Tú sueñas.

—Ya lo creo. Como que aquí en España no estamos acostumbrados á ver esos cambios de casaca... Acuértese su mercé de este caballero tan bonito que tengo aquí retratado en esta caja de cerillas...

—Sí, le conozco; es...

—Es el que ametralló á San Gil por la espalda...

—Cómo... ¡al santo!

—No, ¡quía! al cuartel de la Montaña. Y dígame su mercé: ¿Y el proceso del asesinato del secretario del gobernador de Búrgos? ¿Y el de la calle de Hortaleza?

—Lo mismo sé yo que tú.

—Se me ha metido en el magin que esta gente tiene mas miedo que vergüenza. Yo creía en mi pobre leal saber y entender que la libertad no estaba reñida con la justicia, y ahora voy viendo que una cosa es ser liberal, y otra el ser ministro.

—Dime, Tirabeque, ¿qué sabes de la guerra franco-prusiana?

—Casi nada, mi amo. Los franceses han evacuado á Châlons, y á todo escape se dirijen á Paris.

—Pero, hombre, ¿y los prusianos?

—Siguen tranquilamente avanzando, sin importárseles un pito los inconvenientes.

—¿No decían que el principe Federico habia sido contrariado en sus planes estratégicos?

—Ved ahí lo que son las cosas. Aquí se repite aquello de

«Vinieron los sarracenos

y nos molieron á palos;

que Dios protege á los malos,

cuando son mas que los buenos.»

REVISTA DE LA PRENSA.

La Esperanza no comprende á *El Pensamiento Español*.

La Legitimidad aboga por *La Regeneracion de La Política de El Pueblo*.

No hay *Igualdad* en *La Epoca*.

El Pais desea *La República Federal*.

Así es, que *El Debate* no es todo lo *Imparcial* que *La Correspondencia Universal* de *La Idea*.

El Puente de Alcolea se convertirá con *El Tiempo* en un recuerdo mas ó menos *Popular*; pero en vista de *La Federacion* de *El Obrero*, no hay mas *Deber* ni mas *Voz* que *La Calma*.

La Asociacion de *El Progreso* y *El Porvenir* de *La Legalidad*, no admiten mas *Concordia* ni *Conciliacion* que *La Libertad*.

La Tempestad se aproxima; *El Rayo* es la consecuencia inmediata de *El Trueno*.

Fraternidad, hijos de *El Padre Adán*, que *El Hombre* es el primer *Vigia* de la *La Libertad*.

Ya *El Telégrafo*, desde *El Rhin*, os dirá *Aquí Estoy*. ¡*Santiago, y á ellos!*!

Memorias secretas de Fray Gerundio.

En vista de la favorable acogida que el público ha dispensado á mi periódico, en estos benditos tiempos que atravesamos, que á nadie le sobra un duro, *TIRABEQUE* no desmerecerá de su antigua reputacion, obsequiando á sus lectores con nuevas y notables mejoras, tanto en su parte literaria como material, y á cuyo efecto desde el número próximo empezaré á publicar unas *Memorias* que mi buen amo *Fray Gerundio*, momentos antes de morir, me recomendó no hiciera públicas hasta que los tiempos lo exigiesen.

Este precioso manuscrito, que seguramente hubiera ido á parar á una tienda de ultramarinos, si Dios no lo hubiese determinado de otro modo, es hoy mas que nunca de una oportunidad que á sí misma se alaba.

Tal vez á muchos de los que hoy dia pasan ante los ojos del pueblo por desinteresados y excelentes patriotas, les sabrá lo mismo que un par de sinapismos en las nalgas.

El pueblo nunca se debe apasionar por los hombres, sino por las ideas.

Nuestra mision es desenmascarar á los unos ó interpretar á las otras, en razon de las necesidades y en proporcion de los derechos.

Solucion á la charada anterior.

Aunque en lenguaje hiperbólico,
tu charada he comprendido:
Es el todo el apellido
del Director del periódico?

Un suscriptor.

CHARADA.

Mi primera es mi tercera,
y mi segunda no es nada,
mas que una letra que hace
tôdo aquel que se emborracha.

ADVERTENCIA.

Suplicamos á nuestros correosales de provincia á quien hemos remitido el periódico, se sirvan darnos cuenta de los pedidos con la debida anticipacion, para que no sufran demora ni retraso alguno en el correo.

Las cartas se dirigirán al administrador de TIRABEQUE, calle del Soldado, núm. 4, bajo, Madrid.

TIRABEQUE.

PERIÓDICO SEMANAL,

satirico-político-burlesco, y algo mas.

Se publicará todos los domingos, por ahora: Dios mediante, esperamos que salga á luz dos veces á la semana:

Se suscribe en Madrid, calle del Soldado, 4, cuarto bajo, imprenta; y en las librerías de Durán, Carrera de San Jerónimo; Bailli-Bailliere, antigua plaza de Santa Ana (hoy Topete); Leocadio Lopez, calle del Carmen; Gaspar y Roig, calle de Izquierdo, y Duran, Puerta del Sol.

Precios de suscripcion.—Madrid: 4 rs. trimestre.—Provincias: 5 rs. trimestre, pagados anticipadamente en la Administracion, ó remitidos por el correo en sellos de franqueo de medio real.

MADRID: 1870.—IMPRENTA, CALLE DEL SOLDADO, 4, BAJO.